PERSONAJES Y ESCENAS DE MÁLAGA

(Prólogo)

Hace años, estando yo algo más libre de mis tareas académicas, decidí ocuparme de Málaga, de su historia y de sus gentes, en la prensa local. Acababa de aprobar unas oposiciones a profesor adjunto de Universidad y me resultaba atractivo dedicar parte de mi tiempo a escribir sobre la ciudad en la que había elegido vivir. Acostumbrado a viajar por nuestra tierra andaluza, me llamaba la atención el desinterés de muchos malagueños hacia sus antepasados ilustres, hacia sus barrios populares, hacia aquellas personas que, viviendo todavía, habían dejado ya huella de su talento. Entre el narcisismo sevillano y la autarquía granadina, la ceguera malagueña de su propio mundo me parecía imperdonable.

También me hacía ilusión poner a prueba mi lejana formación periodística. En efecto, aunque yo estudié por las mañanas Filosofía y Letras en la Universidad Complutense de Madrid, dedicaba las tardes a cursar Periodismo en la Escuela de Periodismo de la Iglesia, fundada por el cardenal Herrera Oria. Una vez obtenido el título de Periodista, lo convalidé en la Escuela Oficial, al tiempo que seguía mis últimos años de carrera en la Facultad. Impedido de dedicarme a la enseñanza por las medidas represivas del franquismo contra la oposición política, comencé mi vida profesional como redactor de la recién creada agencia de prensa Europa-Press, una vez que acabé la licenciatura en Filosofía. Allí trabajé varios años, primero en la calle Hermosilla y luego en el Paseo de la Castellana de Madrid, y allí aprendí el oficio de periodista.

En 1971 me incorporé al recién nacido Colegio Universitario de Málaga, después a la Facultad de Filosofía y Letras de Málaga, y desde el otoño de 1983 a la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), en Madrid, en una dedicación exclusiva e ininterrumpida hasta el día de hoy. Sin embargo, he practicado el periodismo en diversas facetas y en muy distintos medios, antes y después de mi vinculación a la Universidad: como corresponsal en Madrid del diario sevillano *El Correo de Andalucía*, como miembro del consejo de redacción de la revista andalucista *La Ilustración Regional*, como articulista de la revista madrileña *don Quijote* y como primer corresponsal en Málaga del diario *El País*. Le debo al periodismo dos cosas: la sensibilidad hacia el latido de la calle y la preferencia por la prosa moderna en lugar del barroquismo literario.

Comencé mis artículos de tema malagueño el 17 de abril de 1983 con un breve escrito titulado "La higuera de Gabirol". Como yo entonces vivía entre los algarrobos, pinos y eucaliptos del monte que domina el barrio de El Palo, titulé mi sección de modo descriptivo "Desde el monte San Antón". El periódico que acogió estos artículos fue el diario *SUR* que, bajo la dirección de Joaquín Marín, había dejado atrás su pasado falangista. Aparecían dos veces por semana, los jueves y domingos.

El éxito entre los lectores me llevó a iniciar otra sección dedicada a entrevistas a personajes malagueños o afincados en la provincia. La nueva sección fue titulada "Malagueños de perfil" por la redacción del periódico en

una imagen lorquiana que me pareció acertada. Procuré que los elegidos reflejaran la rica diversidad de la sociedad malagueña, sin discriminación alguna por su pasado político o sus preferencias ideológicas actuales. Traté a todos con respeto e incluso simpatía; en mis pinceladas de los personajes escribí sin sectarismo ni acritud. En la primavera de 1984 se publicaron las últimas entrevistas de la serie. Alguna se quedó en el tintero, a medio escribir, como la que preparaba sobre Alfonso Canales; lo lamento. En dos ocasiones no me atreví a intentarlo, y bien que lo siento: con Pepa Flores y con Antonio Ordóñez. Mi especial admiración hacia ambos, casi devoción, me hizo desistir antes de tiempo.

Junto a tipos populares como el afilaor Manuel Ocón y el pescador paleño Eduardo "El Piriri", aparecieron también como protagonistas representantes de las altas clases sociales como Concha Heredia, Juan de la Rosa y José Federico de Carvajal. Escritores como Jorge Guillén, María Zambrano y José Antonio Muñoz Rojas encontraron asimismo su merecido espacio. Evité incluir en la lista tanto a los políticos del momento como a algunos valiosos amigos de mi generación. Quería huir así de dos escollos que considero impropios de un escritor, el servilismo y la adulación.

Málaga desempeñó un papel de primer orden en la vida política y económica de España durante el siglo XIX, de lo que da testimonio el callejero de Madrid. Ello dejó un tradición industrial y mercantil que, unida al espíritu liberal propio de los puertos de mar y de los lugares de acogida de ciudadanos de los más alejados países, la marcó con sello propio. Lo diré no con palabras mías sino con las prestadas de José Antonio Muñoz Rojas, recogidas en estas páginas: "Málaga es, sobre todo, una ciudad abierta y la única en España, junto con Cádiz, que tiene mundo". Indiquemos como muestra de esta energía de la Málaga decimonónica tres nombres, muy diversos entre sí: en el ámbito político, Cánovas del Castillo; en el financiero, el Marqués de Salamanca; y en el ámbito educativo, Francisco Giner de los Ríos, padre de la Institución Libre de Enseñanza.

Ya en el siglo XX Málaga destacó como ciudad tolerante y de cultura. No sólo tuvo el honor de contar entre sus hijos al más grande artista de la época, Pablo Ruíz Picasso, sino que fue el foco desde el que irradió la Generación del 27, verdadero Siglo de Oro literario. Y ello, a pesar del analfabetismo de amplias capas populares.

Las luchas campesinas de mediados del XIX, de inspiración anarquista, y las luchas sindicales de los obreros industriales en las primeras décadas del XX, de inspiración socialista, culminaron durante la II República con la elección del primer diputado comunista en la historia parlamentaria española, el médico Cayetano Bolívar. De ahí nació la leyenda de "Málaga la roja".

El franquismo se empleó a fondo en eliminar la tradición ilustrada de las clases alta y media, donde había fructificado, por ejemplo, una influyente masonería local, y en reprimir las organizaciones sindicales y políticas de izquierda. Éste es el origen del olvido de su propia historia por parte de las jóvenes generaciones de malagueños. Del silencio a sus ilustres escritores y artistas y del desprecio hacia sus barrios populares se pasó a la cursilería fascista y al cultivo interesado del casticismo y de lo populachero. La transición democrática no se caracterizó precisamente por una ruptura en este terreno de las ideas sino por una amnesia del pasado que socava de hecho la solidez del sistema democrático. Pues, ¿cómo se va a abrir una nueva etapa histórica si

se comienza por olvidar la historia? En el intento de no molestar a los poderes fácticos, se evitó la luz del conocimiento de nuestra reciente vida colectiva y se optó por la negra noche en la que todos los gatos son pardos

En honor a la verdad, y como han demostrado investigaciones recientes referidas al conjunto del país, el franquismo no logró romper del todo la columna vertebral del espíritu liberal y democrático que había sostenido la vitalidad creadora de la Málaga contemporánea hasta comienzos de la Guerra Civil, pero poco le faltó para conseguirlo. En los años 70 encontrar un liberal en la clase media comercial o profesional era casi tan difícil como encontrar un comunista en la clase obrera.

Algún colega universitario utilizó entonces mis artículos como material de trabajo entre los estudiantes de español. Una editorial malagueña me ofreció publicarlos como libro. Incluso alguno de los entrevistados, como don Manuel Laza Palacio, me auguró éxito como escritor. Yo entonces andaba liado con el traslado a Madrid y me preocupaba más poder soportar el frío invierno del Guadarrama que editar como libro mis trabajos dispersos en la prensa local. Al no estar obligado, afortunadamente, a vivir de la pluma (que es duro oficio en España, antes y ahora), dudaba si mis artículos resistirían el tiempo o si, por el contrario, debían morir con el periódico del día.

Desde el otoño de 2003 he vuelto a mi querida Málaga. Mi ocupación como director del Centro Asociado "María Zambrano" de la UNED en Málaga me ata de nuevo a esta dulce tierra, tal como había deseado. Entre mis hijos, mis amigos de antes y los nuevos amigos de ahora, me siento a gusto y a veces feliz. Cuando he vuelto a releer mis viejos artículos el pasado verano, he sentido que aún tienen vida y que podría ser útil publicarlos.

Decía Cecilio García de la Leña en su famosa *Disertación en recomendación y defensa del famoso vino Pero Ximen* que el tiempo es el agente principal de este vino, y para ello citaba a Plinio, quien consideraba a la vejez, *vetustas*, como condición necesaria para su producción. Aunque no entra en mi horizonte mental competir en calidad con tan exquisito vino malagueño, sí me gustaría que el tiempo le hubiera dado solera a mis escritos. A eso aspiro. También a que las nuevas generaciones de malagueñas y malagueños, que desconocen a veces no sólo el pasado lejano sino incluso el más próximo, sientan amor por su tierra y por los hombres y mujeres que con esfuerzo y talento nos dejaron un legado humanista digno de preservarse para el futuro.

He mantenido el texto tal como fue publicado en su momento, salvo algún pequeño retoque estilístico. Me he abstenido, por tanto, de introducir modificaciones sustanciales en él. Me ha parecido interesante añadir como apéndice un artículo mío sobre Ortega y Andalucía, que inicialmente fue una conferencia pronunciada en nuestra Sociedad Económica de Amigos del País. Siempre resulta fecundo dialogar con un pensador de la talla de Ortega y Gasset, vinculado a Málaga en sus años juveniles.

Entre los agradecimientos que considero obligado mencionar está en primer lugar el arquitecto Salvador Moreno Peralta, excelente dibujante de mis personajes malagueños, amigo y compañero de fatigas en ésta y en otras batallas culturales. Sin el apoyo decidido de Joaquín Marín, entonces director del diario *SUR*, mis artículos no habrían visto la luz. En las Bibliotecas de la Diputación Provincial de Málaga y de la Facultad de Filosofía y Letras pude manejar fuentes literarias e históricas sobre las cuales tejí parte de mis

escritos. Bernabé Fernández-Canivell, Manolo Blasco, José Luís Barrionuevo y Adolfo Sánchez Vázquez me sirvieron muchas veces de guía en mi reconstrucción del pasado de Málaga. A todos ellos les estaré siempre agradecido. Merecen un recuerdo especial los que ya nos abandonaron, por desgracia.

La Diputación Provincial de Málaga, a través de su Centro de Ediciones, CEDMA, publica ahora este libro. Gracias por su apoyo a ésta y a otras iniciativas de interés público y, sobre todo, por contribuir así a un mejor conocimiento de nuestra tierra y de sus gentes.